



Un grupo de partisanas, como las que protagonizan este relato de Viganò

ABC

MUJERES DE LA RESISTENCIA

Renata Viganò es una de las grandes escritoras italianas que narraron la lucha escarnizada contra los nazis y el fascismo

Agnese va a morir
Renata Viganò



Traducción
de Miguel Ros
González
Errata Natu-
rae, 2020
343 páginas
21 euros
★★★★

MERCEDES MONMANY

Ambientada en los Valles de Comacchio, una zona de pantanos y lagunas salobres del norte de Italia, la potente e impresionante historia *Agnese va a morir*, basada en experiencias reales, de la escritora Renata Viganò (Bologna 1900-1976) arranca en una fecha simbólica. Se trata de los días siguientes al armisticio con los Aliados, decretado por el general Badoglio, el 8 de septiembre de 1943. Algo que suscita en los italianos una mezcla de confusión y esperanza en el fin de la guerra. «Yo creo que aún queda lo peor», dirá la protagonista, Agnese, con «esa incredulidad resignada de los pobres».

Efectivamente, tan sólo sería el comienzo de un periodo de gran dureza y sufrimiento con la invasión ya total y sin piedad de las tropas alemanas de la Wehrmacht. Tiempos de crueldad y ferocidad sin sentido en pequeños pueblos aislados que sufrirán en sus carnes los ataques y detenciones indiscriminadas tanto de las tropas

alemanas como de sus colaboradores fascistas. Porque los partisanos dispersos por los valles y bosques cercanos no solo tendrán que luchar contra los nazis sino que «también existía el valor de la infamia, civiles que le habían tomado el gusto de delatar a sus compatriotas».

Neorrealismo

Este es el tema de fondo, la lucha partisana en pequeñas localidades del norte de Italia, valerosas brigadas de combatientes, masacradas una y otra vez, pero inmediatamente sustituidas, que rodea la insólita y muy bella novela *Agnese va a morir* de Renata Viganò. Famosa obra neorrealista, publicada en la posguerra, en 1949, ganadora

SE BASÓ EN LA FIGURA ANÓNIMA, PERO REAL, DE UNA COMBATIENTE, UNA PARTISANA, COMO LA PROPIA VIGANÒ

del Premio Viareggio, la novela desde el comienzo se convirtió en toda una excepción. Cuando el crítico Gabriele Pedullà, especialista en literatura de la Resistencia, reunió en un volumen (*Racconti della Resistenza*, Einaudi) a los principales autores que habían escrito sobre la lucha partisana, de quince nombres incluidos solo había dos mujeres. Una era Viganò y la otra era Ada Gobetti, viuda

de Piero Gobetti, famoso escritor, político y periodista muerto a los veinticinco años tras una salvaje agresión llevada a cabo por un grupo de fascistas mussolinianos. Junto a Natalia Ginzburg, cuyo marido, Leone Ginzburg, murió tras las torturas de la Gestapo en una cárcel de Roma, Ada era la otra viuda más conocida del nazifascismo que asoló durante décadas su país.

Con un lenguaje sencillo, conciso, de escasas pinceladas sin abalorios, llenas de emoción, que aún hoy siguen encogiendo el corazón del lector, Viganò –también partisana en aquellos días de la guerra– se basó en la figura anónima, pero real, de una combatiente, una pobre lavandera semianalfabeta, para componer su estremecedor e inolvidable relato. Unas mujeres con un firme sentido de deber y la dignidad, que tras los acontecimientos traumáticos que tuvieron que vivir adquirieron la conciencia de que lo único que había que hacer era luchar contra asesinos de la peor especie. Una vida de riesgo y entrega, que no tiene miedo a la muerte. «Así era el clima en la vida partisana, antirretórico, antidramático, hogareño y familiar, aunque estuviésemos en la clandestinidad y la muerte nos rondase», dirá Renata Viganò en unas emocionadas palabras que le dedica al final de su libro a la auténtica heroína sin tumba que fue la campesina Agnese. ■

Alexandra Kleeman es (muy) rara

Primera novela de una autora, representante de la **generación «Black Mirror»**, que merece ser llevada al cine por otro raro, David Lynch

RODRIGO FRESÁN

Antes que nada, vaya por delante que la mejor de todas es Ottessa Moshfegh. Lo que no significa que Alexandra Kleeman (Berkeley, 1986) no le pise los talones como también dedicada enrarecida y enrarecedora a la hora de narrar nuestro supuestamente «normal». Kleeman forma parte de un movimiento. Un temblor donde impera la lentitud de distopías entropistas o el vértigo del *body horror* o los excesos químico-físicos o los terremotos del afecto más o menos disfuncional o las enfermedades sin remedio o la mirada como de documental subjetivo. Digamos que lo que hace Kleeman entonces es tomar todo lo anterior, cortarlo, centrifugarlo en un batido y ofrecer el más nutritivo e inquietante de los nada *smoothies*. Algo parecido a la sensación de estar viendo un episodio de *Black Mirror*. Aquí ya desde el primer párrafo se nos pregunta acerca de la uniformidad del interior de nuestros cuerpos y de la escasa personalidad de nuestros órganos vitales entre los que –de golpe, y esto en verdad sucedió– puede crecer la intrusión inesperada de un abeto.



Tú también puedes tener un cuerpo...
A. Kleeman
Gatopardo, 2020
309 páginas
21,90 euros
★★★★

ENSEGUIDA, CONOZCAN a la joven A, a su inquietante y tal vez psicópata compañera de piso B y a C, novio de A. Y dieta de polos helados y naranjas. Y empacho de televisión (concursos-*reality* para conseguir pareja y separarse si se pierde o frenéticos y golosos dibujos animados). Y sexo desgastado con porno de fondo y preguntas del tipo «¿Crees que tu casa o tu ser querido despiden sustancias químicas oscuras?». Sí: el de Kleeman es un mundo raro, tan raro como el

nuestro, pero en el que se potencian ciertas frecuencias y se iluminan algunas sombras. Y así una epidemia de padres que desaparecen. Y los supermercados Wally's donde perderse para convencerse de que te encuentras en el mejor sitio. Y los pastelitos Kandy Kakes. Y sectas en contra del consumo irreflexivo. Y la ambición de conseguir un cuerpo (un envase) tan perfecto como esos que se utilizan para publicitar un infinito de marcas que acaban siendo demasiado parecidas a cicatrices. Todo por momentos recuerda –pero no exactamente sino como en un eco distante pero permanente– al tóxico Don DeLillo de *Ruido blanco* o al William Gibson de *Mundo espejo* donde los productos son el tejido conectivo de una sociedad disociada.

ALGUIEN HA DICHO QUE CON SU DEBUT «Kleeman ha logrado un *El club de la lucha* para chicas» y alguien ha afirmado que «Kleeman escribe como un alien en una misión antropológica en la Tierra».

Puede ser. Pero lo cierto es que todo lo que aquí leemos lo filmaría con el grado justo de incompreensión y total entendimiento una sola persona viva en todo el universo. Todos de pie: aquí viene David Lynch (y, si está muy ocupado con sus pinturas y meditaciones, bienvenido sea David Cronenberg). ■



Alexandra Kleeman